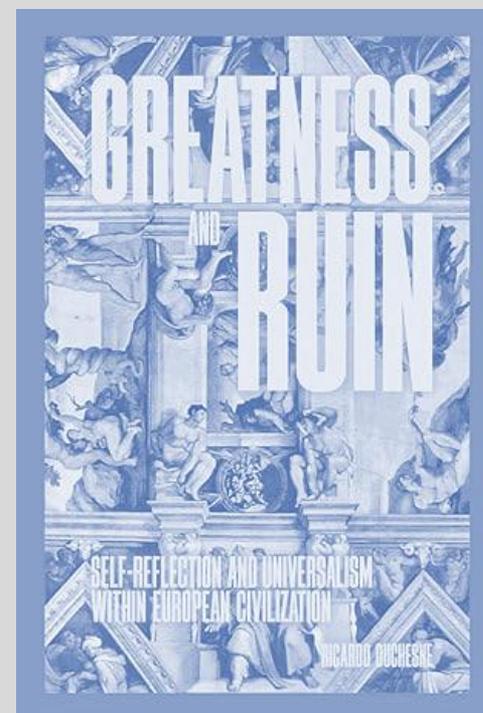


“GRANDEZA Y RUINA: AUTORREFLEXIÓN Y UNIVERSALISMO DENTRO DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA”, DE RICARDO DUCHESNE



Acompañando nuestro suplemento, sobre “el camino de la autodestrucción europea”, de Roger Devlin, sumamos la interpretación de Mises Wire (compárese para cualquier aclaración), en los siguientes términos. [Disculpad la extensión, querido lector].

Como otros corifeos del capitalismo —en todas sus facetas, como al último el “choque de civilizaciones” de Thomas Huntington, o “el fin de la historia” de Francis Fukuyama, el occidente contra el resto del mundo, etcétera—, del obligado Estado —de la engañifa democrática electoral al autoritarismo y el fascismo occidental en sus últimas etapas—, de la filosofía, que solo “interpreta” y no “transforma” el mundo, y qué decir de las religiones —sobre todo la católica—; los defensores “orgánicos” brotan siempre como hongos del mismo tronco en tiempo de lluvia, y de ese modo asoma la producción de Ricardo Duchesne, en su “Grandeza y ruina”.

Arraigada concepción eurocentrista, discriminatoria, racista e ignorante, basta una mirada para percatarse que el llamado estudio que presenta Duchesne, intentando un “amplio análisis civilizatorio”,

o de la sociedad occidental pero particularmente europea, como supremacista o “superior”, culturalmente inigualable, contra el resto, “por sus logros intelectuales, culturales y tecnológicos sin precedentes de Occidente”, que intenta aclarar, pero sin explicar nada.

Séparse que Duchesne trata de justificar la supremacía, la superioridad (sic), de los “superiores por ser europeos”, culturalmente inigualables (sic), como el “jardín” de Joseph Borrell. Apunta contra el “actual pluralismo liberal autodestructivo” (como “los enemigos de la sociedad abierta” de Karl Popper), entiéndase el neoliberalismo en todas sus

ramificaciones, sus alcances, el liberalismo práctico no conceptual.

Rechaza el “reduccionismo económico de los historiadores”—seguro también de los economistas críticos del sistema—, como lo que conceptualiza ese “relativismo multicultural del liberalismo contemporáneo”. Y se lanza al rescate del “excepcionalísimo europeo (tan antiguo como moderno) arraigado en la conciencia introspectiva, la

razón auto-autorizada (¿sin G.W.F. Hegel?) y la emancipación (superación, o más allá) de las estructuras de parentesco", atributos que son sólo "occidentales".

Para resaltar "la grandeza de Occidente", Duchesne no se basa en sus "ventajas materiales" (bienes o riqueza, presumo) o una "suerte ambiental" —situación geográfica, seguro—, como en lo que llama "una revolución cognitiva interna: el descubrimiento de la mente, la individualidad y la universalidad racional".

¿Qué significa eso entonces? El pensamiento de segundo orden, más precisamente, el «pensar sobre el pensamiento», "un desarrollo único de los europeos" (sic), como novedoso camino en "la evolución de la conciencia" (aquí sí, sin Hegel). Eso no es más que, para comenzar, la apropiación de tan sólo una parte de la filosofía. Eso sí, desde el pensamiento griego sobre todo el aristotélico —Aristóteles versus Platón—, al siempre rumbo conceptual y bifurcado de la filosofía. [Por cierto, pese a todo lo escrito, sigue siendo urgente el rescate, en todos sus alcances, del pensamiento de Platón, no sólo su filosofía].

Lo que para Duchesne significa, como se ve, la prevalencia aristotélica sobre la platónica. Soporte, Aristóteles, de dicha cultura occidental que, según el

autor, "rompe con los modos de vida tribales y ligados al parentesco (esos inferiores al resto del mundo), produciendo una cultura radicalmente individualista basada en la razón, la introspección y la construcción de marcos morales y epistemológicos universales".

Claro que "Platón y los presocráticos no se limitaron a especular sobre la naturaleza, sino que inauguraron un modo de pensamiento totalmente nuevo, que buscaba fundamentar la verdad en la razón (dicho sea, para apalancar la concepción aristotélica), y no en la tradición o el mandato divino" (Dios, ni los dioses del Olimpo, ¿qué es eso? = mitología griega en general).

A eso Duchesne denomina la «mente autoautorizada»; una suerte de autorrazón, donde "los individuos occidentales miraban cada vez más hacia dentro y establecían los criterios del conocimiento desde dentro, no a partir de autoridades externas".

Ese "giro hacia el interior" es la base, origen "de

todos los grandes logros de Occidente, desde la geometría euclidiana y la lógica aristotélica hasta la invención de la ciencia, la cartografía, el desarrollo musical lineal, la conciencia histórica y la novela", hasta el método científico. Todo lo occidental.

Mejor dicho, de los "logros intelectuales de Occidente", dado que es "reflejo de una transformación más profunda de la estructura de la conciencia". ¿Cuál conciencia? la de la razón meramente individual, del individualismo, el mérito personal frente a los demás. Al fin, gran mérito de la llamada "superioridad occidental".

Ah, pero porque "las civilizaciones no occidentales nunca progresaron más allá de un estadio «preoperacional» u «operacional concreto», de cognición (siguiendo a Jean Piaget). En otras palabras, la mayor parte de la humanidad siguió siendo mentalmente «infantil», ligada al mito, al ritual y al mundo sensorial inmediato".

Vamos, un nivel "superior" desde los griegos, que Occidente alcanzó "el pensamiento operacional formal", y con capacidad de pensar en forma abstracta, hipotética y autorreflexiva. Una virtud de Occidente, no de los "no occidentales" que son inferiores, infantiles, ajenos a la razón y de los marcos morales (del árbol que da moras).

Como "los niños" —dice Duchesne, siguiendo a Oesterdiekhoff—, que "atravesan etapas cognitivas (bueno, entendido como de acumulación y asimilación del mundo exterior), también lo hacen las civilizaciones". Es decir, dado que "la mayoría de las sociedades se estancaron en un nivel cognitivo temprano, sólo Europa avanzó hacia el razonamiento de orden superior". ¡Oh, grandeza inigualable!

De tal manera que, por ello, "la mente occidental es evolutivamente distinta e históricamente singular". (Sic y re contra sic). Este tipo de "razonamiento" no es que cauce "acusaciones de etnocentrismo" o "incluso racismo", porque se trata del "desarrollo psicológico", como el "eslabón perdido", que explica (explica, eh) "la originalidad sin par de Occidente".

Un espacio en donde se encuentran "logros culturales", en "campos tan diversos como la filosofía, el arte, la música, la ciencia y la teoría política". Sí²—y

con muy importantes avances en algunos casos, porque en su mayoría resultan doctrinarios—, más no se olvide que son dispendios, que sólo se consiguen cuando el hombre no tiene que trabajar para otros, ser explotado, saqueado o robadas sus pertenencias y recursos de la tierra, colectivamente hablando; ser obligado a sacrificar su tiempo en lo básico, como para buscar el alimento, el cobijo y el vestido.

Otros, en cambio, como Confucio o Buda del periodo axial (entre el 800 y el 200 a.C.), desarrollaron sistemas éticos y metafísicos rudimentarios, “una obra que permaneció arraigada en el parentesco, el mito y la tradición”, unos avances que se estancaron rápidamente, intrascendentes.

Sólo Grecia despertó a una conciencia verdaderamente crítica y autorreflexiva, donde se dio el paso del mythos al logos, de la sabiduría ligada a la cultura, a la razón universalizadora. Los griegos inventaron la paradoja, la crítica y la capacidad de dudar de las propias certezas.

Un Occidente que avanzó intelectualmente y a una serie de “revoluciones” en diversos órdenes, como el jurídico romano, la invención cristiana del alma igual, la Escolástica, el Renacimiento, la Revolución Científica, la Ilustración y más allá. Es decir, hasta el momento actual.

La paradoja, como una “invención exclusivamente occidental”. Por ejemplo, la “idea cristiana”, de que “todos somos iguales en alma”, pero viviendo “en desigualdad” (entonces, dónde queda la igualdad). Como “la creencia liberal en la tolerancia universal, que debe excluir a los intolerantes”, (donde los intolerantes son todos los que no comparten sus valores, los discriminados, los “no occidentales”).

Occidentales son los creadores del método científico que buscan la verdad (una verdad cada vez más cuestionada por la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, por ejemplo; donde el comportamiento de la materia, a nivel atómico y sobre todo subatómico —como ha quedado demostrado—, es energía y onda al mismo tiempo, con un comportamiento relativo, es decir, a la posición del observador —por lo que se hace posible la computación cuántica—; lo que niega todo el empirismo aristotélico (por cierto superado por

Hegel), y cuestiona las bases mismas del método científico a que se refiere el autor), al tiempo que niega la certeza metafísica, negacionismo del platonismo como siempre.

Ah, pero eso sí, para Duchesne se trata de “paradojas que no son defectos sino características, pruebas de una mente dinámica y autocuestionada”.

El pecado en la penitencia.

Es decir, paradojas que por sí mismas desacreditan los preceptos duchesnianos de “la civilización occidental” que asoma en su pensamiento y obra.

Como dicta Mises Wire, a quien citamos aquí, por su “Reseña de Grandeza y ruina de Ricardo Duchesne” (cnfr: <https://n9.cl/zwhhh>), muy útil en este caso: “estas mismas paradojas contienen las semillas de la decadencia occidental.

El compromiso de Occidente con los principios universales —racionalidad, libertad individual, tolerancia— que acabó volviéndose contra su propia cohesión civilizatoria.

Un orden liberal —en su afán por eliminar los prejuicios, la tradición y el particularismo— que acaba socavando al propio sujeto occidental que lo creó. En esas anda Duchesne.

Y se justifica, en “Grandeza y ruina”, “el liberalismo no es una filosofía política neutral, sino la última expresión del impulso occidental hacia la autosuperación. Al hacer hincapié en los derechos individuales, el pluralismo de valores y la neutralidad cultural, el liberalismo separa a Occidente de sus propios fundamentos culturales”

Un “liberalismo (que resulta) es intrínsecamente corrosivo”, pero niega que se trate de la particularidad cultural de Europa, pues en su lugar coloca “una autonegación disfrazada de universalismo”.

“Duchesne sostiene —dice en lo sucesivo Mises Wire—, que el liberalismo se ha convertido en etnocida: obliga a las naciones occidentales a deconstruir sus identidades históricas en favor de un orden multicultural y global en el que los pueblos europeos se convierten en un grupo más entre muchos otros.

“La ética protestante del trabajo, la educación clásica,

el republicanismo cívico y el racionalismo de la Ilustración son tratados como legados obsoletos u opresivos que hay que dismantelar. La inmigración, la discriminación positiva y las políticas de «diversidad, equidad e inclusión» se convierten no en meros ajustes, sino en instrumentos de borrado cultural.

“La trágica ironía, insiste Duchesne, es que el liberalismo nació del genio autorreflexivo de Occidente. Precisamente porque los europeos crearon una filosofía política basada en la introspección, la crítica y la imparcialidad, ahora son incapaces de defender su propia particularidad.

“El liberalismo se come a sí mismo: su apertura se convierte en su vulnerabilidad, su compromiso con la tolerancia se convierte en intolerancia hacia los valores particulares que lo crea”.

Es esa suerte de “valoración final”, nuestro crítico resume los siguientes puntos: “Grandeza y ruina” es un libro audaz, extenso y profundamente polémico que enfurecerá a muchos por su descarado eurocentrismo, su desafío a las piedades liberales y su voluntad de abordar temas tabú como la psicología de grupo, la raza y la jerarquía civilizacional.

Se trata de “una obra de considerable erudición, basada en la filosofía, la sociología, la antropología, la psicología y la historia intelectual”. Lo que hace que el libro sea poderoso es su visión sintética. Duchesne no se limita a seleccionar hechos históricos, sino que los reúne en un relato civilizatorio coherente centrado en el desarrollo de la conciencia. “Inevitablemente, los críticos objetarán que Duchesne pasa por alto factores estructurales como el imperio,

la esclavitud y la extracción de recursos para explicar el ascenso de Occidente.

“Algunos incluso podrían considerarlo chovinista por restar importancia a los logros no occidentales. Sin embargo, las explicaciones estructurales a las que resta importancia han sido en gran medida desacreditadas por no dar cuenta de las fuentes más profundas del carácter distintivo de Occidente.

“Esencialmente, su argumento fundamental —que la civilización occidental se caracteriza de forma única por la introspección y la creación de paradojas— sigue siendo provocador y esclarecedor.

“Al final, el libro de Duchesne no es tanto un lamento por una civilización perdida como un desafío a la misma. Si Occidente quiere evitar la ruina, sugiere, debe reafirmar la conciencia particular que hizo posible su grandeza. Se esté o no de acuerdo con esta prescripción, “Grandeza y ruina” es una provocación necesaria, un recordatorio de que las civilizaciones no sólo declinan desde fuera, sino que decaen desde dentro cuando olvidan quiénes son.”

Y la mejor prueba está en la caída de los imperios que, llegado su ciclo, fenecen así sea en un período relativamente largo, cansado, impredecible y agotador. Pero, como todo conocimiento sabio —algo que está fuera de la percepción occidental por mito o infantil (¿qué es la sabiduría o con qué se come?, los pueblos antiguos y modernos los saben perfectamente bien; pero están descartados por los sabios occidentales)— indica que el mundo es circular, al mundo occidental se le llegó el término. El principio del fin. Al tiempo. 

